

El día despues de su llegada, Caled marchó á la cabeza de mil guerreros escogidos á sorprender la tribu de los Beni-Amer, donde en una sangrienta batalla hirió peligrosamente á Me-laeb, quitándole un número de camellos mayor que el exigido por Yida, y volvió triunfante. Al cabo de pocos días, instando para que el tío apresurase el momento del matrimonio, le dijo su prima que no iría á su tienda, si no le traía la mujer ó la hija de uno de los mas valientes emires Kail, la cual debería llevar del cabestro su cabalgadura el día de la boda. « Por que quiero, añadió, que todas las doncellas me tengan envidia. »

Para satisfacer esta nueva pretension, Caled, al frente de un ejército numeroso, atacó la tribu de Niama-Eben-el-Nazal, y despues de varias batallas pudo coger á Aniamé, hija de Niama, y la condujo á su tribu. No teniendo Yida nada mas que pedirle, dió principio á la caza de los leones.

La víspera de su matrimonio, mientras andaba cazando, encontró Caled un guerrero, que dirigiéndose á él le intimó que se rindiese y desmontara en el acto, ó le iría en ello la cabeza. La respuesta de Caled fué lanzarse contra el desconocido; el combate fué terrible y duró mas de una hora, hasta que cansado de la resistencia de un adversario que no podia vencer: « ¡Oh descendiente de una raza maldita! dijo Caled; ¿quién eres? ¿qué tribu es la tuya? ¿por qué vienes á interrumpir una cacería tan importante para mí? ¡Maldito seas! Que sepa á lo ménos si combato con un emir ó con un esclavo. » Entónces el adversario, alzando la visera, le respondió sonriéndose: « ¡Buen modo, por cierto, de hablar á una doncella! » Habiendo conocido Caled á su prima, no osaba hablarla de vergüenza, y Yida continuó: « Me figuré que estaríais molestado por vuestra caza, y quise venir á ayudaros. — Por el Omnipotente (gritó Caled) no conozco ningun guerrero tan valiente como vos, ¡oh reina de las bellas! » Entónces se separaron convenidos en reunirse al anochechar en el mismo sitio, como en efecto se reunieron, y habiendo matado Caled un leon y Yida un leon y una leona, el lazo amoroso los estrechó mas fuertemente de allí en adelante.

Tres días duró la boda en medio de placeres de todas clases; mas de mil camellos y veinte leones sucumbieron; estos últimos á manos de Caled, excepto los dos que habia matado su prima. Aniamé condujo del cabestro la naka que montaba Yida, y los dos esposos alcanzaron el colmo de la felicidad.

Zaer murió algun tiempo despues, dejando el mando supremo á sus dos hijos Caled y Yida, que unidos fueron el terror del desierto.

Volvamos ahora, pues ya es tiempo, á Antar y á su hermano. En cuanto llegaron á las cercanías de la tribu, Antar envió al otro á descubrir la naturaleza del terreno y la disposicion de la tienda de Caled, para arreglar el modo de atacarle. Shebud estuvo de vuelta al día si-

guiente, y le anunció que su dicha excedía á la tristeza del tío, pues Caled estaba ausente. « En la tribu (añadió) no hay mas que cien jinetes con Yida, que han quedado para cuidar de la salud comun en ausencia de su esposo, el cual ha partido con Medi-Carab. Todas las noches monta á caballo, seguida por unos veinte jinetes, y va de ronda, alejándose á veces, segun he sabido de boca de sus esclavos. »

Alegre con tal noticia, Antar dijo á su hermano que esperaba coger prisionera á Yida aquella misma noche, y que á él le dejaba el encargo de apoderarse de los que la acompañasen, á fin de que ninguno pudiese ir á advertir á la tribu, que de otro modo trataría de alcanzarlos. « Si dejas huir uno tan solo, añadió, te cortaré la cabeza. — Haré cuanto quieras, respondió Shebud, pues que estoy aquí para ayudarte. »

Todo el día se mantuvieron ocultos, y al ponerse el sol se aproximaron á la tribu. Pronto vieron moverse á su vez muchos jinetes, á cuya cabeza iba Yida cantando estos versos:

« Densa es la polvareda que levantan los caballos; la guerra es mi elemento.

« La caza de leones es gloria y triunfo para los demas guerreros, y nada para mí.

« Los astros saben que mi valor superó al de mis padres.

« ¿Quién se atreve á acercarse á mí, cuando recorro de noche los montes y las llanuras?

« Yo adquiri gloria postrando á los mas formidables guerreros. »

Al oír estas palabras, Antar dijo á su hermano que doblase á la izquierda, y entretanto él arrojándose por la derecha, alzó el grito de guerra con un tono de voz tan fuerte que aterrorizó á los veinte caballeros del séquito de Yida. Antar, sin perder la ocasion, se precipitó sobre ella, derribó su caballo de un sablazo, y á ella misma la hirió tan violentamente en la cabeza que quedó privada de sentimiento. Así aturdida la abandonó para ir en seguimiento de sus compañeros, de los cuales mató doce en breve rato, y puso en fuga á los demas: sorprendidos estos al paso por Shebud, seis fueron derribados á flechazos, mientras que Antar sobrevino y degolló á los dos restantes.

Dijo entónces á su hermano que corriese á sujetar á Yida antes de que robase los sentidos, y que condujera para ella uno de los caballos de los jinetes muertos. Pero Yida, que habia permanecido una hora fuera de sí, habia vuelto en su acuerdo, y encontrando un caballo abandonado, se habia apoderado de él; así, al oír la voz de Antar, sacó el sable y le dijo: « En vano te lisonjeas, hijo de una raza maldita, de ver á Yida en tu poder; aquí me tienes para hacerte morder el polvo, y no me hubieras visto nunca en tierra, sin la fortuna que tuviste de matarme el caballo. » Decir esto y avalanzarse contra él con el furor de una leona privada de sus hijos fué un punto. Antar sostuvo valerosamente el choque, y empezó entre ambos la mas terrible

batalla, que duró tres horas enteras, sin notable ventaja por ninguno de los contendientes. Los dos estaban abrumados de fatiga. Shebud velaba desde lejos para que nadie pudiera socorrer á Yida, la cual, si bien debilitada por la caída y herida en muchas partes, oponia tenaz resistencia, esperando en vano que se la auxiliase. Antar, con el deseo de concluir, se precipitó sobre ella, y asiéndola de la garganta, la hizo desmayarse de nuevo, y se aprovechó de esta circunstancia para desarmarla y atarla los brazos.

Entónces Shebud trató de persuadir á su hermano á marchar antes que el acontecimiento llegase á noticia de la tribu de Yida y de los aliados, y se lanzara tras ellos. Pero Antar no accedió, resistiéndosele el volver á los Beni-Abess sin botín. « Si nosotros, dijo, abandonásemos así los hermosos rebaños de esta tribu, sería preciso que viniésemos otra vez al celebrarse la boda de Abla. Esperemos, pues, á que amanezca, y cuando los traigan á pastar, nos apoderarémolos de ellos, y volverémolos á los Beni-Abess. » En efecto, por la mañana Antar cogió mil nakas y mil camellos con los guías, les confió á Shebud para que los condujese, y se quedó á fin de dar caza á los que custodiaban los rebaños, entre quienes hizo gran destrozo. Los que pudieron huir corrieron á la tribu, refiriendo que un guerrero negro solo habia robado las reses, despues de matar á muchos de ellos, y permanecia en el campo de batalla, aguardando á los que fuesen á atacarle: « Y nosotros, añadan, creemos que ha muerto á Yida. »

¿Hay acaso un guerrero capaz de hacer frente á Yida, y mucho ménos de vencerla? exclamó Giaba, uno de los jefes mas famosos. Los demas, sabiendo que habia partido el día anterior, y no viéndola de retorno, creían que estuviese en la caza; pero, de todos modos, decidieron ponerse en marcha al momento para recobrar sus ganados. Caminaban en grupos de á veinte y de á treinta, y no tardaron en alcanzar á Antar que á caballo, apoyado en su lanza, esperaba el ataque. Todos le gritaron á una: « ¡Insensato! ¿Quién eres tú para venir á buscar una muerte segura? » Antar no contestó, sino que, lanzándose impetuoso, á pesar de que eran ochenta, los desbarató é hirió buen número de ellos; en seguida trató de unirse con su hermano, por temor de que los pastores le causasen algun daño. Mas, al emprender la marcha, vió levantarse una gran polvareda en medio del desierto, y pensando que sería el enemigo, dijo para sí: « Hoy el hombre debe mostrar lo que vale. » Y continuaba, cuando se encontró con Shebud que se dirigia hácia él, y contestó de este modo á sus preguntas: « En el momento que los pastores divisaron este polvo, se sublevaron y no quisieron seguir adelante, asegurando que Caled volvía con su ejército. Maté tres; pero sabiendo que lidiabas solo contra todos, he acudido en tu auxilio. Mejor es morir juntos que separados. »

« ¡Desgraciado! replicó Antar, tuviste miedo, y abandonaste á Yida y los rebaños; pero juro por el Omnipotente, que ejecutaré hoy tales hazañas que se hablará de ellas durante muchos siglos. » Diciendo así, se precipitó en busca de Yida, la cual, despues que Shebud habia partido, fué desatada por los pastores, y estaba á caballo, aunque sin armas y traspasada de dolor. Antar mató cuatro pastores, sin poder detener á los demas, y persiguió á Yida, que trataba de alcanzar el ejército, creyéndole de su tribu. Pero cuando estuvo en medio de los jinetes, les oyó repetir estas palabras: « Antar, flor de los héroes, venimos á ayudaros, aunque no necesitéis de nuestro socorro. »

Era, en efecto, el ejército de los Beni-Abess, mandado por el rey Zoair en persona; el cual, viendo que faltaba Antar, y temiendo que su tío, segun su costumbre, le hubiese persuadido á acometer alguna empresa arriesgada, habia enviado á buscar á Shidad, su padre, para adquirir noticias. No logrando que le comunicase ninguna, se habia dirigido á Malek, que fingió ignorarlo todo. Shida preguntó á Abla, cuya sinceridad conocia, y sabedor del hecho, habia instruido al rey, cuyos hijos irritados contra Malek decidieron inmediatamente partir en busca de Antar, diciendo que si le encontraba sano y salvo, celebrarían su boda apénas volviese, y que, si hubiese parecido, matarían á Malek, causa de la pérdida de tan grande héroe. El rey, informado del designio de sus dos hijos Shass y Malek, habia querido ponerse tambien él al frente de los mas valientes guerreros, y abandonó la tribu seguido de cuatro mil jinetes, entre ellos de Malek. En el camino, habiendo preguntado este al rey cuál era su designio: « Quiero, dijo Zoair, sacar á Antar del mal paso en que le habéis colocado. — Por mi fe, respondió Malek, no sé nada; Abla es quien solo tiene la culpa, y así me vuelvo á casa, para mandarla cortar la cabeza. » Schass entraba á la sazón. « Por mi honor, Malek, mas valdría que hubiéseis muerto, y sin el respeto que debo á mi padre y la amistad que profeso á Antar, os haría saltar de los hombros la cabeza. » Así diciendo, le hirió violentamente con su curbas, intimándole que se alejase de él y de los suyos.

Malek, de vuelta á la tribu, habiendo reunido á sus parientes y amigos, se retiró con setecientos de los suyos, y Rabek, uno de los jefes de mas crédito, y Eron-Eben-el-Vuard, le acompañaron con cien caballeros escogidos. Todo el día estuvieron caminando, y por la noche alzaron las tiendas para acordar lo que convenia hacer, y á qué tribu debían unirse. « Somos, dijo Rabek, mas de setecientos; esperemos aquí noticias de Antar. Si él se libra del peligro y vuelve á los Beni-Abess, Zoair vendrá de seguro á buscarnos; si perece, irémos á residir á mayor distancia. » Habiendo prevalecido este dictámen, se detuvieron en aquel punto. Entretanto Zoair habia continuado su marcha en

busca de Antar, al que encontró por último de la manera que hemos visto. Yida, á quien lograron coger viva, fué atada de nuevo, y fiada á Shebud para que la custodiase.

Cuando Antar vió al rey, echó pié á tierra y fué á besarle la sandalia, diciendo: « Señor, mucho os habéis dignado hacer por vuestro siervo: ¿ á qué tanta molestia por causa mía? — ¡ Oh! ¿ cómo queréis, respondió Zoeir, que yo deje á un héroe de vuestra importancia solo en país enemigo? Debeisteis informarme de las pretensiones de vuestro tío, que yo le hubiera satisfecho con mis rebaños ú os hubiera acompañado en la empresa. » Antar le dió gracias y se dirigió á saludar á los dos hijos del rey y á su padre, el cual le refirió cuanto había pasado con el padre de Abla. « Mi tío, dijo Antar, sabe cuánto amo á su hija y abusa. Pero gracias á Dios y al terror que inspira Zoeir, nuestro rey, he conseguido mi intento, y si hubiese tenido conmigo tan solo cincuenta jinetes, me habría apoderado de todos los rebaños de tres tribus, por nadie defendidos. Mas, ya que os encuentro aquí, irémos en su busca. No se dirá jamás que el rey haya salido á compañía sin fruto. Conviene que descanse aquí uno ó dos días, mientras que nosotros vamos al saqueo de esas tribus. »

Habiendo consentido Zoeir en ello, mandó levantar allí mismo las tiendas, recomendando sobre todo á los guerreros de la expedición que respetasen las mujeres. Permanecieron ausentes tres días, en los cuales hicieron, casi sin manejar las armas, un botín tan considerable que el rey quedó maravillado. Al día siguiente, dada la orden de partir, el ejército se puso en marcha hácia la tribu con satisfacción de todos, exceptuando á Yida, que, rodeada de muchos jinetes, iba en un camello conducido por un Negro. Á tres jornadas de la tribu acamparon en una vasta llanura, que á Antar pareció muy á propósito para el combate, y como el rey le dijese que no lo era ménos para la caza: « Yo, replicó el héroe, no amo sino la guerra, y sufro en estando mucho tiempo sin batallar. »

Después de algunas horas se vió una espesa polvareda que parecía dirigirse hácia el campamento, y pronto brillaron los hierros de las lanzas, oyéndose en seguida gritos y lamentos. Zoeir, creyendo fuese el ejército de Caled, que había ido á atacar la tribu de los Beni-Amar, y á viaáisahor con los prisioneros, dijo á Antar que se dispusiese para el combate. « Nada te valm, respondió este; dentro de poco, todos esos guerreros estarán en vuestro poder. » Y al instante ordenó cuanto se necesitaba, dejando diez jinetes y muchos Negros para custodiar el botín, y consumiéndose en deseos de venir á las manos con el enemigo.

Pero, ante todo, conviene dar á conocer á los lectores qué ejército era el que se adelantaba. Caled, habiendo partido con cinco mil guerreros y con los dos jefes Kess-Eben-Muscek y Medi-Carab para atacar á los Beni-Amer, en-

contró desierto el país, pues los habitantes, prevenidos de su marcha, se habían refugiado en las montañas llevándose todos sus bienes. De consiguiente no había hecho ningun botín, y como volvía sin haber cogido siquiera un camello, sus compañeros le indujeron á ir á sorprender la tribu de los Beni-Abess, la mas rica de todas. En el camino encontró Caled el campamento del padre de Abla, y atacándole, logró apoderarse tras un día entero de batallar de sus guerreros, mujeres y rebaños. Abla, habiendo caído en poder de Caled, se alegró de una desventura que la libraba del matrimonio que su padre quería obligarla á contraer con Amara, su pariente, prefiriendo verse prisionera á ser mujer de otro. Sin embargo, no cesaba de invocar á su amado, diciendo: « ¡ Oh Antar, caro Antar! ¿ dónde estás? ¿ por qué no puedes ver la situación en que me encuentro? »

Caled preguntó á uno de los prisioneros quién era aquella que tan á menudo pronunciaba el mismo nombre, y este, enemigo mortal de Antar, contestó que se llamaba Abla, y que había intimado á su primo le llevase á Yida, para que tuviese el cabestro de su naka el día de la boda. « Nos hemos separado de nuestra tribu, añadió, por no querer acompañar en tal empresa al rey Zoeir, que partió con todos los suyos, excepto trescientos que quedaron para custodiar los Beni-Abess bajo el mando de Valka, uno de sus hijos. »

Al oír esta noticia, Caled irritado envió á Medi-Carab al frente de mil guerreros, con orden de apoderarse de las mujeres y de los rebaños de los Beni-Abess, y de matar á cuantos hombres hallase. En seguida había continuado el camino que guiaba á su tribu, maltratando á los prisioneros y lleno de afán con el pensamiento de Yida. Á fin de distraer el tedio, dijo los siguientes versos:

« Yo conduje caballos cubiertos de hierro, y montados por guerreros mas formidables que leones. »

« Estuve en los países de los Beni-Caunab, de los Beni-Amar, y de los Beni-Celal, y los habitantes, al llegar yo, huyeron á los montes. »

« Beni-Abess corre grave peligro, y los suyos llorarán día y noche. »

« Todos los que se libraron de la espada, han caído en mi poder. »

« ¡ Cuántas jóvenes de hermosos ojos derraman lágrimas! Llamen en su auxilio á Beni-Abess, pero Beni-Abess yace entre cadenas. »

« Zoeir fué con sus guerreros á buscar la muerte en un país donde las mujeres son mas valerosas que los hombres. ¡ Ay de él, si se me ha dicho la verdad! Dejó lo cierto por lo dudoso. »

« La batalla campal probará cuál de los dos se ha engañado. »

« La espada se alegra en mi vencedora mano. »

« El hierro de mi enemigo derrama lágrimas de sangre. »

« Los guerreros mas terribles se asustan al

verme. Mi nombre turba su sueño, si es que le deja disfrutar un instante de sueño el espanto. »

« Si no temiese que se me censurara de demasiado orgullo, diría que mi brazo basta para exterminar el universo. »

Caled, prosiguiendo su camino, se encontró frente á frente con el ejército de los Beni-Abess. Los llantos y los gritos de los prisioneros habían herido los oídos de Antar y de los suyos, que creyeron conocer voces amigas, y corrieron á avisar á Zoeir, el cual envió al momento un jinete, llamado Absi, para que descubriese al enemigo. Caled, avistándole desde lejos, gritó: « Allí viene un mensajero de los Beni-Abess á hacerme proposiciones; pero no admito ninguna: será guerra de exterminio; todos los prisioneros quedarán reducidos á la esclavitud. Mas ¿ de dónde han tomado el botín que veo? sin duda se habían apoderado de él mientras que Yida estaba en la caza de leones. »

Entonces envió á Zebáide con orden de averiguar qué pedían, y de informarse sobre el paradero de Yida. Cuando los dos mensajeros se encontraron, Zebáide se expresó en estos términos: « ¡ Oh vos, que venís á buscar la muerte! decid pronto el motivo que os guía, ántes que vuestra cabeza ruede en el polvo. — Yo desprecio vuestras vanas amenazas, respondió Absi; no tardaremos en encontrarnos en el campo de batalla. Á tres cosas vengo ahora: á anunciaros, á preveniros y á informarme. Os anuncio que nos hemos apoderado de vuestras mujeres y de vuestros rebaños; os prevengo que vamos á empeñar con vosotros una tremenda batalla, bajo el mando del valiente Antar; me informo del botín que habéis hecho, pues sabemos que habéis atacado las tribus de los Beni-Caunab, Beni-Amar y Beni-Celal. He concluido, á vos os toca responder. »

« Este botín, dijo Zebáide, lo hemos adquirido sin fatiga, bastando el nombre de Caled. » Después refirió lo que queda relatado ántes acerca del padre de Abla, añadiendo que mil guerreros habían sido enviados para sorprender á los Beni-Abess. « Ahora, á mi vez, os pido noticia de Yida. — Fué hecha prisionera, respondió Absi, y está atormentada por las heridas. — ¿ Quién, pues, ha podido vencer á la que iguala en valor á su esposo? repuso el enviado de Caled. — Un héroe á quien nada resiste, contestó Absi; Antar, hijo de Shidad. »

Cumplida su misión, se presentaron los dos extranjeros, á dar cuenta á sus jefes; Absi al llegar gritó: « ¡ Oh Beni-Abess! corred á tomar las armas para lavar la afrenta que os han hecho los Beni-Zobaid! luego, volviéndose á Zoeir, cantó lo siguiente: »

« Beni-Abess, sorprendido por el enemigo, permanece despoblado; un viento destructor barrió el campamento, y tan solo quedó el eco. »

« Se os despojó de vuestros bienes, los hombres perecieron degollados, y los niños y las

mujeres están en manos del enemigo. Oid sus desesperados gritos, implorando vuestra ayuda, Beni-Zobaid está triunfante, corred á la venganza. »

« ¡ Oh Antar! ¡ Si vieras el dolor de Abla! ¡ Cuánto excede al de sus compañeras! »

« Sus vestidos están empapados en lágrimas, que hasta han inundado la misma tierra. Abla, ¡ hermosa entre las hermosas! »

« ¡ Á las armas, pues! Llegado há el día de vencer ó morir. ¡ La muerte siga á los golpes de vuestro formidable brazo! »

Á tal relato, los ojos de Zoeir se humedecieron, y todo los jefes participaron de su dolor. Solo Antar experimentó una especie de contento al oír la desgracia de su tío, causa de todos sus males; pero el amor le hizo olvidar pronto el placer de la venganza.

El mensajero de Caled, cuando llegó á la presencia de este, rasgó sus vestidos, recitando los siguientes versos:

« ¡ Oh Beni-Zobaid! fuiste sorprendido por los guerreros Beni-Abess sobre caballos rápidos como el viento. »

« Cuanto tenias de precioso te lo robaron. »

« ¡ Serías generoso con los que os arrebataron hasta las mujeres? »

« ¡ Oh Caled! ¡ Si vieras á tu Yida con los ojos bañados en llanto! »

« ¡ Oh vosotros, temidos entre los guerreros! empuñad las espadas y corred á atacar á vuestros enemigos. »

« Morir como valientes es preferible á una vida sin honor. »

« Que no puedan los malvados deshonorarnos jamás con el nombre de cobardes. »

Caled irritado ordenó que empezase al instante la pelea. Zoeir, notando aquel movimiento, se adelantó también con los suyos, la llanura y los montes temblaron bajo las pisadas de ambos ejércitos. Zoeir, volviéndose á Antar, dijo: « Numeroso es el enemigo, horrible mortandad se prepara. — Señor, respondió Antar, el hombre no muere mas que una vez. Por fin llegó el día tan deseado. Yo libertaré nuestras mujeres y nuestros hijos, aunque Caled tuviese consigo á César y al shah de Persia, ó sucumbiré. » Luego recitó los siguientes versos:

« El hombre, cualquiera que sea su posición, no debe soportar nunca el desprecio. »

« El hombre generoso con sus huéspedes les debe el socorro de su brazo. »

« Conviene saber sufrir la desgracia cuando el valor no proporciona la victoria. »

« Conviene proteger á los amigos, y teñir la lanza en la sangre del enemigo. »

« El hombre á quien faltan ciertas virtudes no merece aprecio. »

« Solo quiero estar al frente del enemigo. »

« Cuanto nos fué arrebatado lo recobraré hoy. »

« El combate que voy á empeñar hará estremecer las montañas mas altas. »

« Alégrate, Abla; tu prision está para terminarse. »

Shas, al oír estos versos, exclamó: « Que tu voz se oiga siempre, pues que superas á todos los sabios en elocuencia, á todos los guerreros en valor. »

Caled, ántes de venir á las manos, mandó hacer cuantos mas prisioneros se pudiese. Antar dirigió su ataque hácia la parte que ocupaban los prisioneros, por ver si le era factible libertar á Abla; pero la encontró custodiada por un número demasiado grande de jinetes. Caled se acercó tambien adonde estaba Yida, esperando que los Beni-Abess no le resistirían una hora; y acometió á los guerreros que circundaban á Zoeir, logrando herir á Shas. Su padre se defendió como un león, y el combate duró hasta el anochecer; únicamente las tenebラス separaron á los dos ejércitos, que entónces tornaron á sus campamentos respectivos.

Después de prodigios de valor, el rey informó á Antar que Caled había herido á Shas. « ¡ Por el Omnipotente! contestó: mañana empezaré venciendo á Caled. Así debería haber hecho hoy; pero me empeñé inútilmente en libertar á Abla. Una vez muerto ó cogido prisionero Caled, su ejército se disipará al instante, y entónces podremos salvar á nuestro desgraciado amigo. Beni-Zobaid verá cuánto le adelantamos en valor. — ¡ Oh valiente entre los valientes! respondió Zoeir, no dudo del éxito; pero tiemblo al pensar que Medi-Carab, al frente de numerosos guerreros, fué á sorprender nuestra tribu, solo custodiada por mi hijo Varka con unos cuantos jinetes. Temo que consiga apoderarse de nuestras mujeres é hijos. ¿ Qué será de nosotros si mañana no vencemos? »

Habiendo prometido Antar que todo quedaria terminado al día siguiente, tomaron un parco alimento, y se retiraron á las tiendas para descansar un poco. Pero Antar, en vez de entregarse al reposo como los demás, mudando de caballo, salió á hacer la ronda acompañado de Shebub; y mientras caminaban, refirió á este sus vanas tentativas por librar á Abla. « Mas feliz que tú, le dijo su hermano, después de muchos esfuerzos, logré verla; oye como: Cuando la lid estaba mas empeñada en la llanura, dí un gran rodeo por el desierto y llegué adonde estaban los prisioneros. Divisé á todos los guerreros de nuestra tribu, atados sobre camellos en pelo, y junto á ellos las mujeres, entre las cuales distinguí á Abla vertiendo de sus hermosos ojos arroyos de llanto. Tendia los brazos hácia nuestro campamento, exclamando: — ¡ Oh Beni-Abess! ¿ no hay alguno de vuestros hijos que venga á libertarme? ¿ no hay uno que pueda informar á Antar de la miseria á que estoy reducida? — Cien guerreros rodeaban á los cautivos, como un anillo rodea al dedo; sin embargo, traté de libertar á Abla, pero fui descubierto y perseguido, y hui disparando algunas flechas. Empleé todo el día en reiterados ataques, siempre con mal éxito, si

bien les maté mas de quince jinetes. Ya ves la triste condicion de Abla. » Este relato arrancó lágrimas á Antar, cuyo corazón ardía en ira.

Al lucir el alba, los dos ejércitos, dispuestos para el combate, no aguardaban mas que las órdenes de los jefes, cuando se esparció la voz entre los Beni-Abess de que Antar había desaparecido. La funesta nueva desanimó á los guerreros de Zoeir, que desde entónces se consideraron vencidos; y ya el rey estaba para pedir una tregua, hasta tanto que Antar volviese, cuando vieron levantarse á lo léjos una polvareda, que crecía acercándose, y en seguida oyeron gritos de dolor desesperado.

Este tercer ejército llamó la atención de los otros dos, y pronto se descubrió á los guerreros, ligeros como tiernas ramas, cubiertos todos de hierro, que corrían al combate. Al frente de ellos iba un guerrero excelso como un cedro, firme como una roca, bajo cuyos pasos temblaba la tierra. Impelia ante sí á hombres atados sobre camellos, á los cuales cercaban jinetes que llevaban del cabestro muchos otros camellos, y gritaban *Beni-Zobai*, llenando con su voz el desierto.

Era Medi-Carab, enviado por Caled para que sorprendiese á los Beni-Abess, el cual volvía después de terminada felizmente su empresa. — Pues habiendo llegado al salir el sol, no tardó en apoderarse de todos los caballos, de los mejores camellos, y de muchos jóvenes principales; pero habiendo reunido Varka las pocas fuerzas que tenia, marchó en su persecucion. Medi-Carab, viéndose alcanzado, envió delante el botín escoltado por doscientos jinetes, y vino á las manos con el cuerpo que mandaba Varka, quien, aunque inferior en número, se defendió obstinadamente hasta el anochecer. Entónces, habiendo perdido Beni-Abess la mitad de su gente, y caído Varka prisionero, los demás se dispersaron. Medi-Carab, después de su triunfo, se habia puesto en marcha, acelerando esta y llegando á tiempo de tomar parte en la acción que iba á empezar. Á tal vista Zoeir exclamó: « ¡ Mis temores se han realizado! pero no importa; la espada decida. Todo es preferible á la vergüenza de ver esclavas nuestras mujeres y convertidas en cuerpo sin alma. »

Medi-Carab, recibido en medio en entusiastas aplausos, preguntó por Caled, después de referir su expedición, y supo con extrañeza que desde la noche ántes, en que habia montado á caballo y salido á hacer la guardia, no habia vuelto á parecer. Ocultando su inquietud, cayó impetuoso sobre los Beni-Abess, seguido de todos los suyos, alzando el grito de guerra. Los valientes de Zoeir sostuvieron el terrible choque como desesperados, prefiriendo morir á vivir separados de sus amadas; así el campo de batalla quedó anegado en sangre. Al medio día estaba aun indecisa la victoria; pero los Beni-Abess principiaban á debilitarse, y el enemigo ejecutaba horrible destrozo entre sus filas. Zoeir, que se encontraba en el ala derecha con sus

hijos y los principales guerreros, viendo ceder el centro y el ala izquierda, no sabía qué disposición tomar para detener al ejército, próximo á desbandarse, cuando de improviso descubrió á retaguardia del enemigo un cuerpo de mil guerreros escogidos, que gritaban *Beni-Abess*. Los mandaba Antar, el cual, semejante á una torre de bronce, cubierto de hierro, corria, precedido de Shebud, gritando en alta voz: « ¡ Ay de vosotros, hijos de Zobaid! Buscad la salvacion en la fuga; libráos de la muerte que tenéis encima! Si no creéis mis palabras, levantad los ojos, y mirad clavada en la punta de mi pica la cabeza de vuestro jefe Caled-Eben-Moareb. »

Fragmento segundo.

Después de haber estado Antar prisionero en Persia, habiendo hecho importantes servicios á aquel rey, fué puesto en libertad y partió con grandes regalos de dinero, caballos, esclavos, rebaños y armas de todas clases. Por el camino Antar, habiendo encontrado un guerrero que tenia fama de muy valiente y se habia apoderado de Abla, le mató y recobró á su prima. Ántes de llegar á la tribu, envió á avisar sus parientes, que le creían hácia tiempo muerto: el anuncio de su retorno los calmó de alegría, y le salieron á recibir acompañados de los principales individuos y del mismo rey Zoeir. Antar, al avistarle, ebrio de felicidad, echó pié á tierra para besar el estribo del rey, que le abrazó; los demás jefes, contentos de volverle á ver, le estrecharon en sus brazos; solo Amara, su émulo pospuesto, pareció disgustado.

Para acatar á su señor, Antar continuó caminando junto á él, y fió la esposa á diez Negros que durante la noche se adormecieron sobre sus camellos. El sueño embargó tambien los sentidos de Abla, y al despertar quedó aterrada, encontrándose distante del resto del convoy; sus gritos despertaron á los Negros, y estos advirtieron entónces que sus cabalgaduras se habian extraviado. Mientras ellos se alejaron en busca del camino, Abla, que se habia bajado de su palanquin, se sintió coger por un jinete, el cual arrebatándola del suelo, la colocó en la grupa de su caballo. Era Amara que, despechado al ver los honores tributados á su rival, se habia alejado, y hallando sola á la prima, resolvió apoderarse de ella. Abla le reprendió esta vil acción, indigna de un emir, y él le contestó: « Prefiero robarte á morir desesperado, viéndote esposa de Antar. » Y siguiendo su marcha, fué á buscar asilo en una tribu poderosa, enemiga de los Beni-Abess.

Entretanto los Negros, habiendo dado con el camino, volvieron por el palanquin, sin sospechar que Abla hubiese salido de él. Antar, en cuanto dejó al rey en su casa, tornó al lado de su prometida; pero ¡ cuál fué su dolor al ver que habia desaparecido! Nada pudo re-

cabar de los Negros, y anduvo á caballo en busca de Abla durante muchos días, lamentándose de su desventura con estos versos:

« El sueño huye de mis ojos; las lágrimas han surcado mis mejillas.

« La constancia es mi tormento, y no me deja reposo.

« Tan poco tiempo nos hemos visto que mis angustias no han hecho mas que aumentarse.

« Esta ausencia, estas continuas separaciones, nos despedazan el corazón. Beni-Abess, ¡ oh qué hermosas son á mis ojos vuestras tiendas!

« ¡ Cuántas lágrimas inútiles derramadas léjos de mi tierna amiga!

« Para ser feliz á vuestro lado, no he pedido mas tiempo que el que un avaro concederia para dejar ver su tesoro. »

Antar, después de muchas indagaciones infructuosas, volvió á la tribu, y envió á su hermano Shebub disfrazado, el cual, al cabo de bastante tiempo, le trajo la noticia de que habia descubierto á Abla en casa de Mafarei-Eben-Ammarn, quien la habia robado á Amara para casarse con ella; pero no queriendo Abla consentir, se fingió loca, y el raptor en castigo la obligó á servir como esclava, expuesta á los malos tratamientos de la madre de Mafarei, que la empleaba en las mas duras fatigas. « Yo la oí, añadió Shebub, repetir tu nombre, recitando estos versos:

« Venid á libertarme, primos míos, ó á lo ménos á informar á Antar de mi situación.

« Las penas han debilitado mis fuerzas; todos los males me oprimen, desde que estoy léjos del león.

« Un viento ligero bastaba para enfermarme; ¡ pensad cuál me tendrán ahora tantos padecimientos!

« La paciencia me abandona; mis enemigos deben estar contentos; ¡ cuántas humillaciones desde que he perdido al héroe de mi corazón!

« ¡ Ah! si es posible, acercadme á Antar; solo el león puede proteger á la gacela.

« Mis desventuras enternecerían á las rocas! »

Antar, sin querer oír mas, se puso en marcha, y á costa de largos y sangrientos combates, consiguió libertar á Abla.

Pensamientos de Antar.

« Tus enemigos temen tu espada; no permanezcas donde puedan despreciarte.

« Habita entre los testigos de tus triunfos, ó muere gloriosamente con las armas en la mano.

« Sé despota con los déspotas, y malo con los malos.

« Si el amigo te abandona, no trates de ir en su busca; pero cierra los oídos á las calumnias de sus rivales.

« No hay defensa alguna contra la muerte.

« Es mejor morir en el combate que consumirse en la servidumbre.